

Jue Evangelio del día

10

Sep

2020

Vigésimo tercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Beato Alfonso Navarrete y compañeros mártires de Japón (10 de Septiembre)

“Benedicid a los que os maldigan”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 8, 1b-7. 11-13

Hermanos:

El conocimiento engríe, mientras que el amor edifica. Si alguno cree conocer algo, eso significa que aún no conoce como es debido. Si alguno ama a Dios, ese tal es conocido por él.

Sobre el hecho de comer lo sacrificado a los ídolos, sabemos que en el mundo un ídolo no es nada y que no hay más Dios que uno; pues aunque están los que son dioses en el cielo y en la tierra, de manera que resultan numerosos los dioses y numerosos los señores, para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, de quien procede todo y para el cual somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien existe todo y nosotros por medio de él.

Sin embargo, no todos tienen este conocimiento: algunos, acostumbrados a la idolatría hasta hace poco, comen pensando que la carne está consagrada al ídolo, y como su conciencia está insegura, se mancha.

Así por tu conocimiento se pierde el inseguro, un hermano por quien Cristo murió. Al pecar de esa manera contra los hermanos, turbando su conciencia insegura, pecáis contra Cristo, por eso, si por una cuestión de alimentos peligra un hermano mío, nunca volveré a comer carne, para no ponerlo en peligro.

Salmo de hoy

Sal 138, 1-3. 13-14ab. 23-24 R/. Guíame, Señor, por el camino eterno.

Señor, tú me sondeas y me conoces.

Me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares. R/.

Tú has creado mis entrañas,

me has tejido en el seno materno.

Te doy gracias, porque me has plasmado portentosamente,
porque son admirables tus obras. R/.

Sondéame, oh, Dios, y conoce mi corazón,

ponme a prueba y conoce mis sentimientos,

mira si mi camino se desvía,

guíame por el camino eterno. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 6, 27-38

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«A vosotros los que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid

a los que os maldicen, orad por los que os calumnian.

Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames.

Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien solo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo.

Y si prestáis a aquellos de los que esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo.

Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos.

Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros».

Reflexión del Evangelio de hoy

El amor edifica

Pablo llega a Corinto en el segundo viaje misionero en el año 51-52, desde Atenas (Hch 17,34). Con su estancia de cerca de un año, el apóstol es capaz de constituir una comunidad cuya fama alcanzó la provincia de Acaya. Pablo escribe su carta a esta comunidad en la semana de Pascua del año 57 con la que pretende salir al paso de algunas desviaciones en la orto-doxia y en la orto-praxis, así como responder a algunas cuestiones planteadas por los miembros de la comunidad. El capítulo que nos ocupa pertenece a estos interrogantes.

En el mundo helenístico tras hacer las ofrendas a los ídolos, se vendía la carne en las carnicerías. La comunidad Corinto le presenta a Pablo su inquietud: Nosotros no creemos que en los ídolos son la divinidad, por tanto, no creemos entrar en comunión con ellos al comerla. ¿Podemos hacerlo?

San Pablo para responder se servirá del criterio del amor: "el conocimiento engríe, mientras que el amor edifica". Ellos son conscientes que en los ídolos no está Dios, pero su comportamiento puede escandalizar a otros, que viendo su conducta piensen que no lo tienen claro. Así podrían dar un anti-testimonio. Aunque ellos con su conciencia tranquila podrían comerlo, es mejor no llevar a cabo esa práctica para no confundir a los que no saben muy bien lo que hay en su mente y su corazón y puedan ser escandalizados con su comportamiento: "Todo es lícito, pero no todo es conveniente; todo es lícito, pero no todo es constructivo" (1 Co 10,23).

La situación dista mucho de una situación actual, sin embargo; el criterio utilizado por san Pablo puede sernos de gran utilidad. En ocasiones a la hora de determinadas opciones y acciones, no hemos de mirar solo nuestra propia conciencia sino ver las repercusiones que ese comportamiento puede tener en otros: ¿es edificante para él? ¿lo puede confundir? ¿con nuestra praxis inadecuada podemos desmentir la fe que creemos?

Benedicid a los que os maldigan

El evangelio de hoy pertenece al sermón de la llanura de Lucas en el que Jesús se presenta como maestro, y se dirige a la comunidad cristiana describiendo una serie de actitudes sobre la ética del Reino: "A vosotros los que me escucháis os digo".

El contexto de estas exhortaciones son los odios, difamaciones e injurias procedentes de los poderes socio-políticos que actúan, movidos por falsas acusaciones hacia los cristianos de estar contra las autoridades, las leyes imperiales, o los cultos de los dioses del imperio.

Nuestro texto está compuesto por cuatro frases contundentes que expresan las exigencias del amor en la comunidad de Jesús en clave de contraste antitético: "Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian; Benedicid a los que os maldigan; Rogad por los que os difaman". Al escuchar esto, no podemos dejar de preguntarnos: ¿Cómo amar al enemigo? ¿Cómo haced el bien a quien nos odia? ¿Cómo bendecid a quien nos maldice? ¿Cómo pedir a Dios por aquellos que nos difaman?

Pareciera que el evangelio nos pide un imposible, algo "contra-natura" al propio ser humano. Sin embargo, no se nos está pidiendo un amor en el que fluyan sentimientos positivos hacia aquellos que dañan nuestra integridad, nuestra dignidad o nuestra fama. Se nos está pidiendo que con nuestras acciones no hagamos el mal a quienes nos lo hacen, y que, si está en nuestras manos, les hagamos el bien, es más, los bendigamos e incluso recemos por ellos como Jesús, porque, tal vez, son ignorantes o al menos no son conscientes de sus acciones: "Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34).

Nuestro comportamiento como cristianos no es un empeño a base de puños y esfuerzo, sino que dimana de nuestra propia identidad. Como hemos conocido el amor misericordioso de Dios, ese gran regalo no podemos sino transmitirlo a otros. Amamos como hemos sido amados. Desde ahí, ¿puedes amar a tus enemigos, haced el bien a los que te odian y rezad por los que te hacen mal?



Hna. Mariela Martínez Higuera O.P.
Congregación de Santo Domingo

Beato Alfonso Navarrete y compañeros mártires de Japón

Misioneros dominicos en Japón

Los dominicos, llegados a Japón en 1602, establecieron su campo de misión en la isla de Kyūshū. A su llegada, ya había sido promulgado por Toyotomi Hideyoshi un edicto de persecución contra el cristianismo. Los tormentos que esperaban a los misioneros eran espeluznantes: crucifixión, decapitación, fuego lento, agua ingurgitada y expelida violentamente, agujas o cañas clavadas entre las uñas de los dedos y otras partes del cuerpo, la «horca y hoya», suplicio que consistía en colgar a la víctima por los pies en una horca sobre una fosa hedionda o un manantial de aguas sulfurosas, y en ocasiones la expulsión del territorio japonés.

A pesar de todo, al igual que otros religiosos, los dominicos tienen el coraje de entrar en aquel país donde ya habían derramado su sangre por la fe otros compañeros. Bajo la dirección del madrileño padre Francisco Morales llegan de Manila los cinco primeros dominicos que, asentados primero en Koshiki, extienden sucesivamente su campo de acción a otras regiones de Japón. A medida que estos pioneros de la misión dominicana van informando a los superiores de Manila sobre sus dificultades, arrestos y sufrimientos, se suceden las llegadas de nuevos operarios: los padres José de San Jacinto, Jacinto Orfanell, Juan de San Jacinto, Juan de Santo Domingo, etc. Arrostrando el ambiente adverso, van apareciendo jóvenes nipones que abrazan la vida religiosa o deciden defender la fe en Cristo desde su puesto como laicos.

Gracias a la relativa calma que reinó en la primera década del siglo XVII, nuestros misioneros pudieron desplegar su actividad en diversas zonas de la isla de Kyūshū e incluso llegaron a fundar iglesias en Kyoto y Osaka. Pero la situación se agrava cuando, en 1614, Tokugawa Ieyasu publica un edicto más represivo y cruel. Los religiosos se ven entonces obligados a servirse de la oscuridad de la noche para evangelizar y animar a los laicos cristianos a participar en la ayuda y protección de los misioneros. Ieyasu muere en 1616 pero Hidetada, su sucesor en el shogunado, intensifica la opresión contra el cristianismo. Poco a poco, las cárceles se van llenando de religiosos: jesuitas, agustinos, franciscanos, dominicos y fervientes laicos cristianos, que sucesivamente serán conducidos al altar del martirio.

Estos misioneros ni siquiera en las cárceles dejaban de evangelizar. Al igual que otros religiosos, los dominicos, no sólo catequizaron a los carceleros bien dispuestos, sino que además escriben cartas y relaciones que envían clandestinamente a Filipinas y a España y que, en la mayoría de los casos, han llegado hasta nuestros días. En los archivos hay un verdadero arsenal de documentos autógrafos que, redactados tanto en libertad como en prisión, constituyen fuentes autorizadas para la historia de las misiones.

Por privilegio especial, los dominicos encarcelados podían admitir a la orden, mediante la profesión, a cristianos de probada fidelidad y piedad. Dado el fervor religioso que se respiraba en la cárcel, no faltaban oficiales que se sentían impresionados y con frecuencia el lugar, más que una prisión, parecía un convento donde convivían religiosos de diversas órdenes. Lo cual no dejaba de ser un testimonio de unidad en la confesión de la fe cristiana. Todos compartían la oración, el dolor, el celo apostólico y las mismas ansias de dar su vida por la fe.

Los mártires dominicos de Japón forman varios grupos. El padre Ceferino Puebla Pedrosa, O.P., los clasifica en tres, el primero de los cuales es el que ahora nos ocupa. El segundo grupo lo forman 19 sacerdotes, profesos y terciarios de la orden dominicana, de los cuales dieciséis fueron canonizados por Juan Pablo II el 18 de octubre de 1987. Al tercer grupo pertenecen setenta y dos laicos relacionados con la misión de los dominicos: terciarios y cofrades del Rosario, catequistas, hospederos y bienhechores, beatificados por Pío IX el 7 de julio de 1867.

Aquí sólo presentamos el primer grupo, cuya memoria se celebra el 10 de septiembre. Está formado por ocho japoneses: Domingo del Rosario, Mancio de Santo Tomás, Domingo de Hyuga, Pedro de Santa María, Mancio de la Cruz, Tomás de San Jacinto y Antonio de Santo Domingo; un italiano: Angel Ferrer Orsucci; un belga: Luis Flores, y diez españoles: Alfonso Navarrete, Juan Martínez de Santo Domingo, Tomás de Zumárraga, Francisco Morales, Alonso de Mena, Jacinto Orfanell, José de San Jacinto, Pedro Vázquez, Luis Bertrán Exarch y Domingo Castellet. Todos ellos fueron beatificados por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867.

Jesús González Valles, O.P.